

Martín Casariego

A la tarde, de nuevo aquel viento purificador empezó a viajar, sembrando de pequeñas nubes el cielo. Acompañé a mi hermano a dar un paseo hasta la vía del tren. Nos detuvimos al borde de ésta, en un promontorio frente al que se abría un amplio descampado de hierbas y maleza verde y amarilla. Al fondo, Madrid se perfilaba con dibujada nitidez. Los seis kilómetros de distancia diríanse tres, y el aire que el viento se había ocupado de renovar era tan transparente que uno comprendía que si había detalles que no se percibían, se debía exclusivamente a la imperfección del ojo. Pasaban ya las ocho cuando nos sentamos.

-No sé por qué me estoy acordando de cuando estuvimos en Cádiz.

-¿Yo también estuve?

-Sí -le dije-. Estuvimos todos.

-¿Y yo qué tal lo pasé? -me preguntó, con una sonrisa mitad esperanzada, mitad temerosa.

-Bien, lo pasaste muy bien. Todos lo pasamos muy bien.

La brisa nos acariciaba, la soledad del paraje nos hacía compañía, y era tan bella la vista del campo próximo y de la lejana ciudad que el silencio valía más que las palabras. Tras permanecer un rato mudos, mi hermano sacó de su pantalón azul una armónica roja y plateada.

-¿Y eso? -le pregunté, pues nunca la había visto antes.

-Es un regalo de tu mujer -respondió-. ¿Quieres tocarla?

Agarré la armónica que me tendía, y soplé. Jamás la música se ha contado entre mis aptitudes. No sé muy bien qué pretendía, pero por descontado que los sonidos que obtuve no eran ni por asomo los que yo buscaba. Pasó a nuestras espaldas un tren con solamente dos vagones. Delante de nosotros, algunas golondrinas cortaban el aire casi a ras de la maleza, para elevarse luego con elegancia de caligrafía árabe.

-Qué bonito es esto -comenté-. Es increíblemente bonito. Fíjate en cómo se ve Madrid.



Mi hermano me miró tristemente.

-La belleza está en los ojos, no en las cosas -dijo.

Y comenzó a tocar una música que me sorprendió. Era una música muy animada y muy desenvuelta, y al escucharla daban ganas de bailar con una mujer en aquel campo que ante nosotros se extendía, no lentamente, sino con rapidez y con risas, no a solas, sino rodeados de más parejas, siguiendo ese ritmo tan movido y descarado que mi hermano improvisaba. Por un momento me indigné con el instrumento y casi con mi esposa, pues me figuré que con aquellas notas nacidas de los labios de mi hermano se fugaban toda alegría y toda gana de vivir. Después pensé que no, que en realidad aquella armónica no era nada ladrona, sino que por el contrario servía para demostrar que mi hermano estaba mucho más vivo que aquel hermoso y maltrecho abedul que agonizaba en nuestro jardín, y una vez más me congratulé de tener una mujer tan cariñosa y sensible, una mujer que, quién sabe, tal vez no merecía... Cuando terminó de tocar, mi hermano se guardó la armónica en el bolsillo, y nos mantuvimos en silencio durante unos minutos. Al fin, fue él quien lo compartimentó.

-Me marchó el martes. Fue aquí donde nos amamos, y será en cualquier otro lugar donde nos reencontraremos.

Y me explicó el absurdo plan que había rumiado durante aquel extraño mes de agosto, un plan que, a decir verdad, igual que una manzana, no tenía ni pies ni cabeza, pero sí fe y esperanza.

Un plan que, a decir verdad, igual que una manzana, no tenía ni pies ni cabeza, pero sí corazón.



Capítulo correspondiente a la novela inédita de Martín Casariego *La primavera corta, el largo otoño*, en la que algunas situaciones y rasgos del personaje principal están inspirados en Pedro Casariego Córdoba.